



Diarios del bosque
Una vida entre árboles



ROGER DEAKIN

Traducción del inglés a cargo de
Ce Santiago



IMPEDIMENTA



Para Alison

INTRODUCCIÓN

Durante un año, viajé por el país como un anfibio, a nado por la naturaleza, sumergido literalmente en el paisaje y los elementos, sobre todo en el elemento primario, el agua, en un intento de descubrir por mí mismo esa «tercera cosa» sobre la que D. H. Lawrence reflexionaba en su poema con idéntico título. El agua, escribió, es algo más que la suma de sus partes, algo más que dos partes de hidrógeno y una de oxígeno. En la escritura de *Diarios del agua*, el relato de mis divagaciones, nadar fue una metáfora de eso que Keats llamó «participar de la existencia de las cosas».

Ahora me ha parecido lógico zambullirme en lo que Edward Thomas llamó «el quinto elemento»: el elemento madera. Mientras nadaba en el río Helford, donde los robles estiran sus ramas a ras del agua para sumergirlas con cada marea alta, o en Dartmoor, mientras remontaba con el apurado salmón la corriente abrupta y arbolada del río Dart, capté la lógica del soberbio *Entre los bosques y el agua*, de Patrick Leigh Fermor. En los bosques se da una sensación intensa de inmersión en el baile de sombras chinescas de

las profundidades frondosas, y ese subibaja de la savia que anuncia las estaciones no es sino una marea, igualmente influenciada por la luna.

A través de los árboles vemos y oímos el viento: los pueblos de las tierras boscosas saben distinguir las especies de árboles por el sonido que hacen al viento. Si *Diarios del agua* trataba el elemento agua, *Diarios del bosque* trata el elemento madera tal y como se da en la naturaleza, en nuestras almas, en nuestra cultura y en nuestras vidas.

Entrar en un bosque es acceder a un mundo distinto en el cual nos transformamos. No es accidental que en las comedias de Shakespeare las personas se internen en las arboledas para crecer, aprender y cambiar. Es adonde viajas para encontrarte, a menudo, y paradójicamente, tras perderte. En *La espada en la piedra*, Merlín envía al bosque al futuro rey Arturo, todavía un niño, para que se valga por sí mismo. Allí, Arturo se duerme y sueña, como un camaleón, que la suya es la vida de los animales y los árboles. En *Como gustéis*, el duque Mayor, desterrado, se marcha a vivir al bosque de Arden como Robin Hood, y en *Sueño de una noche de verano*, la metamorfosis mágica de los amantes tiene lugar en un bosque «a las afueras de Atenas» que, salta a la vista, es un bosque inglés, repleto de las hadas y los duendes de nuestro folklore.

En la pared de mi estudio tengo clavado un fotograma de *El pequeño salvaje*, de Truffaut. En él se ve a Victor, el niño asilvestrado, trepando por una maraña de ramas en los frondosos bosques caducifolios de Aveyron. La película continúa siendo, para mí, una de las piedras de toque cuando pienso en nuestra relación con el mundo natural: un recordatorio de que no estamos tan lejos como nos gusta creer de nuestros primos los gibones, que se columpian como ángeles por el dosel del bosque, a una velocidad tan temeraria que casi vuelan como las aves tropicales a las que envidian e imitan con sus cantos nupciales en las copas de los árboles al amanecer. Empecemos por donde empecé yo: mi madre se apellida-

ba Wood. Y el tercer nombre de mi padre era Greenwood:¹ Alvan Marshall Greenwood Deakin. Mi bisabuelo tenía sus almacenes madereros en Walsall: los Wood de Walsall. De modo que pertenezco a la tribu Wood, y, si bien he leído muchas veces *Los habitantes del bosque*, de Thomas Hardy, la historia de Marty South, Giles Winterbourne y Grace Melbury siempre me conmueve más que cualquier otra de cuantas conozco. Soy un habitante del bosque; la savia corre por mis venas. Mi bisabuelo por parte de padre fue Joseph Deakin, a quien, con veinte años, el gobierno de Lord Salisbury incriminó y encarceló en 1892 por haber sido uno de los anarquistas de Walsall. Fue bibliotecario en la prisión de Parkhurst, en la isla de Wight, donde continuó su educación autodidacta con la ayuda de William Morris, George Bernard Shaw, Edward Carpenter, Sidney y Beatrice Webb y otros socialistas tempranos. Fue un leal defensor del espíritu emboscado de la libertad democrática, y siempre que pienso en él lo incluyo en la tradición del proscrito, en la de Robin Hood.

En Suffolk, donde vivo, he empezado a clarear el bosque que planté hace veinte años. Ahora es hogar de una familia de zorros, los ciervos descansan en él y este año descubrí con orgullo algunas trampas para conejos colocadas con disimulo: mis primeros furtivos. El bosque ha madurado. Una vieja senda y kilómetro y medio de bardas antiguas rodean mis campos. Cuando llegué a Suffolk hace treinta años, encontré la casa estilo Tudor de mi granja bordeada de robles y dediqué un año a reformarla con mis propias manos. La casa estaba tan ruinoso que acampé en el jardín mientras trabajaba y, cuando por fin me instalé, los animales y las plantas, tan habituados a entrar y salir a sus anchas a través de los agujeros en los muros, no abandonaron la costumbre.

1. *Wood* significa «madera», pero también «bosque». *Greenwood* sería algo así como «bosque florecido», un bosque en verano. Es, además, el decorado tradicional de la leyenda de Robin Hood. (*Todas las notas son del traductor.*)

Las golondrinas siguen anidando en la chimenea, los murciélagos vuelan por las habitaciones del piso de arriba durante las noches de verano, cuando las ventanas están abiertas de par en par, y el recuento de las patas de las arañas de la casa alcanzaría varios centenares. Durante la reforma, incluso tuve un coche con bastidor de madera de fresno, un Morgan Plus Four. Más tarde construí un cobertizo de madera, con vigas y estacas de roble, sin usar clavos. Dentro tengo un torno y un taller en el que a veces hago muebles y torneé madera, sobre todo en forma de cuencos. Durante un tiempo me gané la vida fabricando y reparando sillas, que vendía en un puesto en Portobello Road. Más tarde, trabajé para Amigos de la Tierra por la defensa de las ballenas, los bosques y las selvas, y fundé Common Ground, que todavía hoy lucha por los antiguos huertos de frutales y las seis mil variedades de manzanos registrados en nuestras tierras.

Para los chinos la madera es el quinto elemento, y Jung consideraba los árboles un arquetipo. No hay mejor indicador de las alteraciones en el mundo natural que estos majestuosos organismos. Son nuestros barómetros, para el tiempo y los cambios de estación. Nos indican la época del año. Los árboles tienen la capacidad de ascender hacia los cielos y conectarnos con el firmamento, de aguantar, de renovarse, de dar frutos y de arder para calentarnos durante el invierno. No sé de nada más elemental que el fuego de leña que resplandece en mi chimenea, nada que encienda mi imaginación y mis pasiones tanto como sus llamas. Para Keats, el crepitar apacible del fuego era el susurro de los dioses del hogar «que sostienen / su imperio apacible sobre almas fraternales». En gran parte del mundo todavía se cocina con fuego de leña, y la inmensa mayoría de la madera mundial se destina a las chimeneas. Los «occidentales» han olvidado cómo se enciende un fuego de leña, o su equivalente de carbón, del mismo modo que han perdido el contacto con la naturaleza. Aldous Huxley escribió sobre D. H. Lawrence: «Sabía cocinar, coser, remendar un calcetín y ordeñar una vaca, cortaba leña con eficacia y tenía buena

mano para los bordados, jamás se apagaba un fuego que hubiese encendido él y el suelo que hubiese fregado siempre quedaba reluciente». Al arder, la madera libera la energía de la tierra, el agua y la luz del sol que la hicieron crecer. Cada especie expresa su carácter en sus particulares hábitos de combustión. El sauce arde igual que crece, muy deprisa, y chisporrotea como fuegos artificiales. El resplandor del roble es de fiar, sólido y duradero. Un fuego de leña en la chimenea es un pedacito de sol en casa.

Cuando Auden escribió «Ninguna cultura es mejor que sus bosques», sabía que, al haber perdido de modo negligente más bosques que cualquier otra nación europea, los británicos suelen mostrar un interés proporcionalmente mayor por los árboles y los bosques que aún conservan. Los bosques, como las aguas, han sido víctimas de las autopistas y del mundo moderno, y han acabado por parecer el subconsciente del paisaje. Se han convertido en los guardianes de nuestros sueños, de la libertad emboscada, la niñez en el bosque, asilvestrada, de nuestros yoes, de Guillermo el Travieso y sus proscritos, de Richmal Crompton. Conservan la alegría de la Alegre Inglaterra, de los arcos hechos con una vara de tejo, de Robin Hood y su banda de forajidos. Pero también son los repositorios de historias antiguas, de los mitos islandeses de Ygdrasil, el Árbol de la Vida; de la «Batalla de los árboles», de Robert Graves; y de los mitos de *La rama dorada*, de sir James Frazer. Los enemigos del bosque son siempre los enemigos de la cultura y de la humanidad.

Diarios del bosque es la búsqueda de esa magia residual de los árboles y los bosques que todavía nos toca muy cerca de la superficie de nuestra vida cotidiana.

Los seres humanos dependemos de los árboles tanto como de los ríos y del mar. Nuestra estrecha relación con los árboles es física además de cultural y espiritual: es, literalmente, un intercambio de dióxido de carbono por oxígeno. En el interior de un bosque, caminas sobre algo muy parecido al lecho marino, levantas la vista hacia el dosel de hojas como si fuese la superficie del agua, los haces de luz solar que filtrados descienden y lo motean todo. Los bosques

poseen una riqueza ecológica propia y unos pueblos propios, los habitantes del bosque, que viven y trabajan en ellos y en torno a ellos. Un árbol es un río de savia; a través de las raíces que serpentean bajo el agua como anémonas marinas, el sauce desmochado en uno de los extremos del foso en el que nado en Suffolk absorbe a diario litros y litros de agua hasta la punta de las hojas de sus ramas más altas; liberada en forma de vapor al aire estival, el agua asciende invisible para unirse a las nubes y a las gotas de lluvia que al caer forman las ondas que serán cada anillo del tronco.

PRIMERA PARTE

RAÍCES

PERMANENCIA

Mientras a mi alrededor el resto del mundo jugaba al juego de la silla, yo he permanecido en la misma casa más de media vida. No es que no me guste deambular, pero, por algún motivo, me resulta más sencillo, en mi despreocupación, saber que este lugar está aquí, que es un punto fijo. Me ubica, como los amantes de Donne son las puntas gemelas de un compás en su poema «Una despedida, aciago llanto»:

Tu firmeza cierra mi círculo con precisión,
Y me ayuda a acabar donde empecé.

Las aventuras de mi familia materna, los Wood, nueve en total, eran mis cuentos de antes de dormir. Mi madre nunca me leía, sino que me contaba las muchas historias de la tribu Wood. Crecí dentro de una tradición estrictamente oral de un folklore de cosecha propia protagonizado casi en su totalidad por los hermanos de mi madre. La abuela Jones, galesa; el abuelo Wood, de pelo plateado, con una sola mano, la izquierda, y un garfio de acero

por diestra; dos tíos apuestos y cuatro tías. Para mantener la tradición silvana, mis abuelos bautizaron a dos de ellas Ivy Wood y Violet Wood. Mi madre siempre agradeció que nadie propusiera Primrose.²

Llevo grabada la historia de la familia Wood en mi interior, al igual que la memoria y la historia están grabadas en la madera de la Granja del Nogal. Cada poste y cada viga tiene su propio relato y hubo un tiempo en que crecieron a su aire. Si seccionarais cualquiera de las vigas, el dendrocronólogo que examinara los patrones de sus anillos anuales revelaría el momento exacto en que brotó de la bellota o del tronco podado, y el momento exacto en que la cortaron.

La casa se encuentra a cincuenta y tres vertiginosos metros del nivel del mar, suficiente para que mi huerto se vuelva islote cuando las promesas de riadas se cumplen. Aunque ya quedo aislado en parte por un foso y un estanque redondo para el ganado que ocupa parte del terreno comunal: uno de los veinticuatro que lo rodean en hilera, conectados por un antiguo sistema de fosos y represas. Las bardas desmadradas que rodean mis cuatro prados conforman un adarve necesario contra los vientos que cruzan las amplias llanuras de trigales más allá. Han sorteado las zanjas y creado un mundo secreto de túneles de hojarasca mohosa y helechos. También hay un bosque, y una antigua cañada que flanquea las tierras por el oeste.

Todo esto se extiende a orillas de un gran mar interior de hierba ondulante que crece como la marea hacia julio, cuando se cosecha el heno, hasta ocultar la granja de mi vecino al otro lado. Es el pasto comunal más grande de Suffolk, se expande casi dos kilómetros al oeste de aquí. Así pues, aunque quede a cuarenta kilómetros en dirección este, en Walberswick, puedo disfrutar de algunos de los placeres de vivir junto al mar: los cielos amplios y abiertos, las puestas de sol impresionantes. En Suffolk también tenemos

2. *Ivy* es «hiedra»; *violet*, «violeta»; *primrose*, «prímula».

montañas ensoñadas: los volcánicos cúmulos de nubes en época de cosecha.

¿Por qué llevo tanto tiempo aquí? No por haber nacido, ni por tener raíces en Suffolk, sino por la cantidad de trabajo duro y la historia acumulada. La mía, quiero decir, mezclada con la de mis seres queridos. Durante tres años, enseñé inglés en el antiguo colegio de Diss, eché aún más raíces entre los estudiantes y las familias de la zona y nos hicimos amigos. No hay un modo más íntimo de conocer a tus vecinos que dando clase a sus hijos. También estaban las ferias de Barsham y el *Waveney Clarion*, el periódico local del valle del Waveney, que ayudé a redactar, planificar y distribuir, como hizo toda la familia numerosa de cuasi hippies que éramos, entre Diss, Bungay, Beccles y Lowesoft. La cultura rural que construimos juntos durante las décadas de los setenta y los ochenta, fundada con solidez sobre los valores del *Whole Earth Catalog*, los Amigos de la Tierra, *Cottage Economy*, de Cobbett, y *The Fat of the Land*, de John Seymour,³ atrajo a los primeros inmigrantes que pretendían establecerse en Suffolk —carpinteros en ciernes, pequeños granjeros, músicos, poetas, peones y gente que conducía coches familiares Morris Minor con bastidor de madera— y nos puso a trabajar juntos en la construcción de lo que, durante una época dorada, se convirtió en la gran tradición de las ferias de Suffolk: capitales efímeras, oníricas y de chozas gitanescas en campos llenos de gente. Repito, fue el trabajo —creativo, valeroso, imaginativo, pero a la vez duro, físico, manual— lo que nos unió. Y también el riesgo como experiencia compartida: nunca sabías cuándo iba a hacer mal tiempo o si alguien aparecería en tu puerta dispuesto a pagar por algo. El papel de la danza y

3. *Whole Earth Catalog* era una revista contracultural publicada en Estados Unidos entre 1968 y 1972 que incluía artículos sobre vida autosuficiente, bricolaje o educación alternativa, además de reseñas de ropa, herramientas o semillas. *Cottage Economy*, de 1821, facilita instrucciones prácticas para, por ejemplo, hacer pan, cerveza o cuidar el ganado. En *The Fat of the Land*, publicado en 1961, John Seymour detalla los retos y los logros de la vida autosuficiente con su familia.

la música fue fundamental. Teníamos a nuestros Bob Dylan y a nuestros Willie Nelson, y cantidad de bandas tradicionales que le daban al violín en los salones de actos de las aldeas los viernes por la noche.

Cuando la encontré, en 1969, la casa estaba en ruinas. Advertí una chimenea que descollaba entre las copas de los árboles de un bosquecillo de fresnos, arces, avellanos, saúcos, endrinos, hiedra y zarzales, y lo que quedaba de un huerto de frutales con nogales, ciruelos y manzanos. Como el resto de lugareños, Arthur Cousins, el propietario, pensó que la casa se había escondido para echarse a morir con discreción, como un gato viejo. Vivía al otro lado de los campos, en Cowpasture Farm, con sus hijas Beryl y Precious, criaba cerdos en la planta baja del viejo caserón y gallinas en la de arriba. El tejado era un mosaico de hierros corrugados medio sueltos, y lo que quedaba del techado de paja estaba empapado, compostado, tan verde por la hierba y el musgo que podría haber sido una turbera. Me encantan las ruinas porque logran hacer lo único a lo que todo lo demás aspira eternamente: regresar a la tierra, fundirse de nuevo con el paisaje. Y, aunque hace mucho que me mudé, la naturaleza se ha negado a renunciar al antiguo derecho de paso que ostenta sobre la casa.

Durante varias semanas, hice la corte a Arthur en Cowpasture Farm y al final accedió a venderme la casa y las casi cinco hectáreas. Acabamos por hacernos grandes amigos e incluso compartíamos a Heather, la vaca de la familia, una Guernsey de ojos grandes, que ordeñábamos por turnos. Arthur pertenecía a la última generación de hombres de Suffolk que criaban caballos. Había trabajado casi toda su vida como transportista de madera con su recia cuadrilla de caballos y carretas, recorriendo los caminos entre Norwich e Ipswich, acarreando madera desde los bosques hasta los aserraderos, los almacenes madereros y los distribuidores. Trabajó mucho, ahorró y se compró la granja antes de la guerra, cuando la tierra era barata. Todavía colgaba piedras brujas, la versión mineral de Suffolk contra el mal de ojo, en sus establos y

cuadras para ahuyentar las pesadillas que pudieran inquietar a sus animales mientras dormían en sus cuadras. Fue mi tutor de economía doméstica, saber pecuario y política aldeana.

Poco a poco, desnudé la casa hasta dejarla en su armazón de roble, castaño y fresno, la reparé con maderos de roble que recogí del granero que uno de los granjeros de la zona había demolido. Viví una temporada en la trasera de una furgoneta Volkswagen, luego hice vivac junto a la gran chimenea central y dormí pegado al fuego con dos gatos por toda compañía. El hogar se convirtió en el lugar más sagrado y numinoso de la casa. Se halla en el centro y es la única parte que sigue abierta a los cielos. En primavera, me mudé al piso de arriba con la sensación de estar en una casa en un árbol; mientras reparaba las vigas vistas, dormía encaramado bajo las estrellas y con un lienzo por techo. Las tórtolas que se posaban en el fresno a la altura de mis ojos no tardaron en habituarse a mí. Tenía la sensación, como la tengo ahora, de que el árbol era el guardián de la casa, que se combaba sobre el tejado en una suerte de abrazo, y me enfrenté con uñas y dientes al inspector de urbanismo del ayuntamiento para conservarlo.

Me vi tal como, en mi interior, me veo ahora: enamorado de la ruina que era la casa y, por tanto, incomodado en parte con mi papel de sanador. Me gustaba el modo en que los muros de zarzo y barro, que el sol horneaba como si de galletas se tratase, estaban llenos de cráteres en la cara sur, como troneras de una ciudad yemení, por los panales de abejas o avisperos solitarios. Apreciaba los inquisitivos estolones de la hiedra que asomaban la cabeza a través de las grietas de las ventanas podridas, nubladas de verde por las algas, surcadas por caracoles aventureros. Daba la bienvenida a los gorriones y los estorninos que trasteaban en el techado o bajo la chapa y a los murciélagos que más tarde revolotearon por entre las vigas vistas tapadas con lona mientras yo me adormilaba en la cama, con las extremidades doloridas tras un largo día de trabajo. Quería reparar los muros, pero, al mismo tiempo, dar vía libre a la fauna que se negaba a reconocerlos. De alguna

manera, gracias a la suma de ineficiencias menores de una casa con armazón de madera hecho a mano, lo conseguí.

Al haber dado forma o reparado personalmente todas y cada una, he acabado por trabar la mayor de las intimidades con las vigas, los listones y las juntas de la casa. Puede que incluso me haya ganado algún tipo de parentesco con la gente que, unos veinte años antes de que Shakespeare naciera, construyó la casa y, seguramente, excavó el foso. El descubrimiento de las inscripciones codificadas de los carpinteros en las vigas y la tarima del suelo fue como hallar un manuscrito perdido. Las grabaron cuando el roble y el castaño todavía estaban verdes y la casa, en el taller de los carpinteros, no era sino una construcción prefabricada en forma de kit o algo así, lista para ser transportada al lugar y levantada, muro a muro, con la fuerza combinada de decenas de lugareños. Las proporciones generales, medidas en metros y centímetros, imprimieron en mí la naturaleza orgánica de la estructura en su totalidad. El tamaño de cada habitación, y de la casa entera, se basó en el tamaño natural de los árboles disponibles. En Suffolk, las casas como la mía suelen rondar los cinco metros y medio de ancho, porque ese suele ser más o menos el límite de crecimiento recto del tronco de un roble joven con el grosor adecuado para la elaboración de travesaños grandes de veinte centímetros por dieciocho. Los graneros más amplios suelen tener seis metros y medio de ancho, con un maderamen ligeramente más grande. El alzado tiene también la altura de un árbol; la idea era seleccionar los árboles o las ramas podadas con la sección transversal más o menos adecuada, de tal forma que pudieran alisarse a escuadra con la azuela y el mínimo esfuerzo.

He aquí el recuento de vigas de mi casa. Cocina: cuarenta y cuatro. Salón: cincuenta. Estudio: treinta y dos. Descansillo, baño y estudio de arriba: veintidós. Habitación pequeña: veintitrés. Habitación grande: setenta y dos. Total: doscientas cuarenta y tres. Si, además, hay treinta vigas ocultas en la cocina, y también cincuenta y pico travesaños, el total es de trescientas veintitrés

vigas. De modo que para construir esta casa se tumbaron unos trescientos árboles: un bosque pequeño. Cuatrocientos años después, gran parte de la madera conserva la corteza, y hay savia aquí y allá. La madera siempre se trabajaba en verde, cuando estaba inmadura y era más fácil de cortar, barrenar o darle forma a las juntas. Una vez ensambladas en el armazón, la madera se secaba poco a poco *in situ*, y a menudo se torcía o se combaba durante el proceso y creaba esas ondulaciones gráciles tan características de las casas antiguas. Una de las cosas más tristes que pueden verse en Suffolk hoy en día es la cantidad de estupendas casas antiguas de madera que los constructores han enderezado. La última generación de constructores de Suffolk conocía bien las casas viejas, las entendía como estructuras no solo construidas sino ingeniadas. Con una evolución más que con un diseño, la intención es que el armazón de madera asiente sobre el cambiante mar de arcilla de Suffolk como un barco panza arriba y surque el movimiento constante de la tierra.